MUNDO DE LIBROS

Manon Lescaut

ABBÉ PRÉVOST

EDICIÓN DIGITAL

Vista previa gratuita · Mundo de Libros · tiendamundodelibros.com

Manon Lescaut

abbé Prévost

Edición digital de dominio público.
Texto original: Project Gutenberg.
Mundo de Libros

NOTAS DEL TRANSCRIPTOR

En la versión de texto sin formatear el texto en cursiva está encerrado entre guiones bajos (_cursiva_) y el texto en Versalitas se representa en mayúsculas como en VERSALITAS.

El texto de la obra ha sido controlado según las normas de la lengua que estaban vigentes cuando la edición usada para esta transcripción fue publicada. Siguiendo esas mormas se han corregido errores evidentes de puntuación y otros errores tipográficos y de ortografía. El lector interesado puede consultar el mapa de Diccionarios Académicos de la Real Academia Española.

En la presente transcripción se adecuó la ortografía de las mayúsculas acentuadas a las reglas indicadas por la RAE, que establecen que el acento ortográfico debe utilizarse, incluso si la vocal acentuada está en mayúsculas.

La portada de este libro electrónico fue modificada por el transcriptor y ha sido incluida en el dominio público.

* * * * *

[Ilustración] _ESTRELLA_

[Ilustración]

ABATE PRÉVOST

MANON LESCAUT

PALABRAS LIMINARES

[Ilustración]

Hay libros amables (es la palabra), divertidos, que, bien por su clave, bien por encarnar una idea o una modalidad superficial, flotante en la atmósfera, se leen golosamente, se comentan en vaga y amena charla y... se olvidan. Son libros actuales; tienen la efímera trascendencia de una moda; como ella pasan pronto y, como ella también, después de mucho tiempo, adquieren un valor simplemente anecdótico. Cuando uno de esos libros, en el transcurso de unos años, vuelve a caer en nuestras manos, sentimos un gran impulso de alegría y decimos para nuestro capote: «¡Gracias a Dios que hemos dado con un libro ameno! ¡Éste sí que es divertido!». Pero según avanzamos en la lectura, nos llamamos a engaño, considerándonos defraudados. ¡Pero es posible! ¡Si cuando lo leímos la primera vez nos encantó! ¡Y vemos con asombro que aquel libro ha envejecido atrozmente, que todo lo que antes nos pareció delicioso ahora nos aburre, y dejámoslo caer con un bostezo; es viejo ya y no tiene aun el interés documental. Y es así porque trátase de un conflicto artificial, creado por una «manera» de vida convencional, porque no es humano. Quiero decir, que los lances pueden parecernos momentáneamente divertidos, pero el pensamiento fundamental no se basa en una de esas eternas leyes como tales comunes a todos los tiempos y a todos los pueblos.

_Existen, en cambio, obras que no nos parecen tan divertidas, que hasta leemos con cierta dificultad (si confesamos la verdad, no siendo profesionales, eruditos o no teniendo el espíritu muy predispuesto a ello, todas las obras maestras se nos hacen un poco fatigosas de leer), pero que dejan una huella duradera en nuestro espíritu, que

recordamos en momentos dados, por sus raras concomitancias con nuestro estado anímico, y que cada vez que son leídas se saborean con mayor delectación, sencillamente por eso, porque son «humanas», porque las pasiones que hay en sus páginas no son privativas de éstos o los otros, sino comunes a toda la humanidad, a todos los tiempos._

«Manon Lescaut», que es además una delicia de gracia, de viveza y de color, pues que casi ayuna de descripciones, «sugiere» a maravilla el XVIII francés y revélalo en una serie de estampas mitad sentimentales, mitad libertino-burlescas, es una novela eterna, porque es la novela del amor por excelencia. Podrán autores después habernos dado otros libros en que la tragedia del amor sea más sombría, más violenta, más recargada de tintas, en que se pinte el descenso hacia la vileza, la miseria y la muerte por la pendiente de las pasiones con más brío, pero eso no quitará lozanía a la jugosa narración del abate Prévost, que, justamente en su sencillez, lleva su encanto de verdad.

¡Manon, deliciosa muñeca que no eres ni perversa, ni liviana, ni abnegada, ni apasionada, y que, sin embargo, lo eres todo, porque eres «atrozmente» femenina! ¡Caballero Des Grieux que amas y ofrendas tu vida, que sabes envilecerte conservando en la vileza tu innato señorío, qué reales os ofrecéis a nosotros!

_Todo, todo es en estas páginas de una pasmosa certeza; todo está lleno de amorosos apotegmas, «El amor es o no es desde el primer momento»; y el futuro caballero de Malta ama a Manon desde que la ve ante aquella deliciosa posada que tiene el encanto de un grabado de la época. «En todo amor, uno ama y otro se deja amar»; es el

caballero Des Grieux el que ama. Manon se deja amar de él, se deja amar y es liviana y egoísta, y ambiciosa y cruel y mentirosa, y encuentra las argucias perversas de todos los que no aman; «la fidelidad que quiero de vos es la del corazón; la otra no me importa». «En toda historia de mujer hay un collar»; y un collar de perlas hay en la de Manon Lescaut._

Y si verdad es ella, no menos verdad es él, con sus renunciamientos, sus abdicaciones, sus cobardías y las ficciones con que, exaltando los gestos de ella, pretende engañarse a sí mismo... sin conseguirlo. Aunque para ello ha de atribuirle virtudes que sabe muy bien que no posee. El amor envilece al caballero Des Grieux y el amor le redime.

Y si ciertos son ellos, ciertos son también los que les rodean, el viejo G... M..., Tiberio, Marcelo y aquellos guardianes que al saber «la enormidad» de la pasión del caballero, en vez de compadecerlo, le explotan y suben sus tarifas hasta agotar su exiguo haber.

El caballero ama, ella se deja amar; la ama tanto que ella, algunas veces, cuando es muy desdichada, llega a amarle también... sin perjuicio de volver a mentirle el día que volviese a ser feliz.

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

[Ilustración]

[Ilustración]

HISTORIA

DE

MANON LESCAUT

[Ilustración]

PRIMERA PARTE

[Ilustración]

Me veo obligado a hacer retroceder al lector a los días de mi vida en que encontré por vez primera al caballero Des Grieux. Fué aproximadamente seis meses antes de mi excursión a España. Aunque raramente abandonaba mi soledad, el cariño que sentía por mi hija y el deseo de complacerla llevábanme algunas veces a emprender cortos viajes, que, a decir verdad, abreviaba todo lo posible.

Volvía un día de Rouen, donde había ido cediendo a sus súplicas, para solicitar de la administración normanda la resolución favorable de un asunto de tierras a que tenía derecho por herencia de mi abuelo materno. Habiendo reanudado mi ruta por Evreux, llegué al día siguiente a la hora de comer a Passy. Sorprendióme al entrar en la ciudad encontrarme a los habitantes presa de extraña inquietud; salían precipitadamente de sus casas para correr a la puerta de una posada donde veíanse dos carricoches cerrados. Los caballos espumeantes y cubiertos de sudor, decían muy a las claras que acababan de llegar.

Detúveme un momento para averiguar las causas del tumulto, pero nada pude sacar en limpio de aquellas gentes que curiosas se atropellaban camino de la hostería sin prestar atención ninguna a mis preguntas; por fin vi en la puerta a un arquero, ostentando su bandolera, un arcabuz a la espalda, y le llamé; roguéle me explicase las causas de tanto ruido. «No es nada, caballero--aseguróme--. Son unas cuantas prostitutas que llevo con mis compañeros a

Havre-de-Grâce, donde las embarcaremos para América. Hay algunas guapas, y eso es al parecer lo que excita la curiosidad de los buenos campesinos».

Hubiérame contentado con esa explicación a no ser por las lamentaciones de una vieja que salió del parador clamando con grandes espavientos que aquello era una cosa bárbara, una cosa que movía al horror y la compasión. «¿Pero qué es?»--la interrogué. «¡Ah! caballero, entre usted--me contestó--y verá si el cuadro no es para oprimir el corazón a cualquiera». La curiosidad obligóme a descender del caballo, que entregué a mi palafrenero. Entré abriéndome paso dificultosamente por entre la multitud, y mis ojos vieron efectivamente algo emocionante.

Entre las doce hembras, encadenadas de seis en seis por la cintura, había una cuyo rostro y cuyo aspecto eran tan poco conformes con su condición, que en cualquier otro lado hubiérala tomado por persona principal. Su tristeza, la suciedad y miseria de sus ropas, enturbiaban tan poco su belleza, que su vista me inspiró respeto y piedad. Trataba, sin embargo, de ocultar su persona y su rostro, todo lo que la cadena permitía, para recatarlos a las miradas indiscretas, y lo más notable era que el esfuerzo que hacía para ocultarse era tan natural que parecía dictado por un sentimiento de modestia.

Como los seis guardias que acompañaban y vigilaban a las desdichadas hallábanse en la estancia con ellas, llevéme aparte al jefe que les mandaba, para pedirle algunos esclarecimientos sobre la suerte destinada a la joven. No pudo decirme sino generalidades. «La hemos sacado del _hospital_ por orden expresa del jefe superior de Policía--aclaró--. Y no es de suponer que estuviese allí por sus

virtudes. Por lo que a mí se refiere, la he interrogado varias veces durante el viaje, y se obstina en no contestarme. Aunque no tengo ningún encargo especial de benevolencia para ella, no he dejado de guardarla ciertas consideraciones, pues me parece de mejor condición que sus compañeras. Ahí tenéis un joven que tal vez pueda instruiros; mejor que yo sabe los motivos de su desdicha; viene siguiéndola desde París sin cesar ni un momento de llorar. Forzosamente, trátase de su amante o de su hermano».

Volví los ojos en la dirección que me indicaban, y vi al joven sentado en un rincón. Parecía sumido en profundo ensueño, y, a decir verdad, jamás vi más exacta imagen del dolor. Vestía muy sencillamente, pero distinguíase a primera vista al hombre de cuna y educación. Acerquéme a él; alzóse de su asiento, y vi en sus ojos, en su rostro y sus ademanes todos, un no sé qué de noble, que me predispuso a desear servirle. «No quisiera molestaros--díjele sentándome a su lado--. Desearía tan sólo que satisficieseis la curiosidad que me impulsa a conocer a la bella damisela, que no me parece hecha para un destino tan cruel como el que le cupo en suerte».

Contestóme con franqueza que se lo impedía la imposibilidad en que se hallaba de satisfacer mi curiosidad sin aclarar al mismo tiempo su personalidad propia, y que esto no le era dable por tener muchas razones para desear guardar el incógnito. «Puedo deciros, eso sí, lo que no ignoran ni esos miserables--prosiguió mostrándome a los arqueros--. Que la amo con una pasión violenta que hace de mí el más infortunado de los hombres. Hice en París esfuerzos sobrehumanos para conseguir su libertad, pero las súplicas, la astucia y la fuerza han sido inútiles. He tomado el partido de seguirla aunque sea al fin del mundo. Me embarcaré con ella; iré a América. Pero lo cruel, lo

inícuo, es que esos malvados--y aludía a los guardianes--, no me dejan acercarme a ella. Mi intención era atacarlos a algunas leguas de París; había conseguido asociarme a cuatro hombres, que, a cambio de una suma considerable, me ofrecieron su ayuda; los canallas me abandonaron a mis propias fuerzas y se largaron con el dinero. La inutilidad de intentar vencer por la violencia me hizo rendir armas; entonces propuse a los arcabuceros que me permitiesen seguirles ofreciendo una recompensa; la esperanza de las ganancias les movió a acceder. Me han obligado a pagarles cada vez que he querido hablar con mi querida. Mi bolsa quedó exhausta en muy poco tiempo, y ahora tienen la crueldad de rechazarme cuando intento acercarme a ella. Hace un rato, como sin hacer caso de sus amenazas me aproximé, tuvieron la osadía de alzar contra mí la culata de sus fusiles. Me veo precisado, para satisfacer su avaricia y para poder seguir el camino, a vender aquí un caballo muy malo que hasta ahora me sirvió de cabalgadura y tendré que seguir a pie».

Aunque pareció hacer su narración con bastante serenidad, dejó, al concluir, caer algunas lágrimas. La aventura me pareció de las más emocionantes y enternecedoras. «No quiero arrancaros vuestro secreto--díjele--, pero si puedo seros útil en algo me ofrezco gustoso a serviros.--¡Pardiez!--replicó--no veo ni la menor luz de esperanza; he de someterme a la crueldad de mi destino; iré a América; a lo menos allí seré libre con la mujer a quien amo. He escrito a un amigo que me enviara algún dinero a Havre-de-Grâce; no me preocupa sino la manera de ir hasta allí y la de procurar a esta infeliz criatura--añadió mirando con ternura a su amada--algunos consuelos durante el camino.--Pues bien--le dije--voy a poner fin a vuestros apuros. Aquí tenéis algún dinero que os ruego aceptéis y conste que siento no

Hasta aqui llega la vista previa gratuita.

Sigue leyendo este libro completo en tu biblioteca:

compralo por $20 MXN o leelo con la Membresia ($149 / 30 dias).

tiendamundodelibros.com